

CALLES DE CHATARRA

ALEJANDRO GUARDIOLA



PALABRAS DE AGUA



Fusión de géneros: el cóctel perfecto

PUEDE PARECERLO, PERO NO ES TAN raro. Edgar Allan Poe, a mediados del siglo XIX, ya escribía sin complejos tanto cuentos de terror como de detectives. De hecho, *Los crímenes de la calle Morgue* (1841) se considera por los expertos como el inicio real de la novela negra.

A día de hoy, Poe es venerado como uno de los mejores escritores de horror de todos los tiempos, y también lo era en los años 20 cuando muchos lo tomaron como referente para sus obras. Estoy hablando de H. P. Lovecraft, Robert E. Howard y los demás autores clásicos de terror y fantasía que publicaban en las denominadas revistas Pulp. Sin embargo, en esas mismas revistas había una gran variedad de géneros: Ci-Fi, aventuras, bélico, western y, como novedad, también el policiaco. El género negro tuvo su gran auge a principios del siglo XX, una época marcada por los *gangsters*, la ley seca y la Gran Depresión. El autor referencial es Dashiell Hammett, que desarrolló cuentos y novelas del estilo *hardboiled*, donde premiaba la acción y el retrato de una sociedad violenta.

La pregunta es: si el terror y el policiaco fueron primos hermanos, ¿por qué se separaron tanto sus caminos? La respuesta es obvia: en un género nuevo como la novela negra, el asesino no podía ser un fantasma. Los elementos sobrenaturales quedaban automáticamente fuera del relato detectivesco, pero los elementos enigmáticos no tenían por qué desaparecer de las historias de terror fantástico.

Sin embargo, no es fácil mezclar estos géneros y salir airoso. Fredric Brown lo supo aprovechar, al igual que el contemporáneo John Connolly, pero no hay muchos casos destacables. Esto hace todavía más meritorio el gran trabajo que ha realizado Alejandro Guardiola en la magnífica obra que tenéis entre las manos.

Estamos ante una historia negra clásica. Son reconocibles muchos de sus rasgos característicos: la comisaría, el detective alcohólico, los *gangsters*, el ambiente opresivo de las clases bajas, la violencia, los policías, un asesinato misterioso, el interrogatorio de los testigos, el tráfico de drogas, persecuciones y tiroteos. Sin embargo, y de una manera muy natural, introduce la fantasía. Pero no la clásica, de dragones y mazmorras, sino la más oscura que podemos imaginar: la de los cuentos de hadas.

Alejandro ha creado un mundo propio lleno de matices, oscuro y verosímil. Nos encontramos ante una distopía fantástica con castas sociales. Aparecen problemas realistas creados por la incursión de elementos sobrenaturales, pero las motivaciones de todos los personajes, humanos o no, siguen siendo universales: amor, libertad, dinero, venganza, sexo.

Podemos contemplar el variopinto universo que nos regala Alejandro desde las diferentes ópticas de los personajes que pululan por sus páginas. Tanto criminales como policías se entremezclan en las acciones presentes y pasadas para ofrecernos el rico tapiz de matices que solo se consigue con mucho trabajo detrás. Una ambientación sobresaliente, de atmósfera opresiva, de calles sucias y oscuras que linda con el terror y abraza la locura. Sin embargo, y sin quitarle mérito al marco, lo mejor es la sólida trama que se oculta tras la fachada, con multitud de vueltas de tuerca y giros inesperados tan propios de las novelas negras de las que bebe.

Además, en ocasiones no sabes si empatizas más con el malo del libro o con el bueno. O, al menos, con quien se supone que es el bueno, dado que los personajes tienen una gran variedad de facetas. A destacar Irina, la policía torturada y autodestructiva, una protagonista femenina de una narrativa poderosa. Envidio mucho este personaje, Álex.

Y que nadie se engañe: esta es una de las novelas más divertidas e intrigantes que he podido leer, una suerte de fusión de géneros multirreferencial más propia del cine o de la televisión que de la letra impresa. Un regalo para los ojos que tú, afortunado lector, estás a punto de descubrir por primera vez.

Claudio Cerdán, en Limerick a 18 de marzo de 2013



Prólogo: Érase una vez un hombre del saco

LAS NOTICIAS SONABAN A TODO VOLUMEN, tanto que hacerse entender por encima de aquel ruido parecía imposible. A pesar de ello, las dos niñas, Nadia e Irina, que miraban sin interés sus platos de la cena, fueron capaces de escuchar a sus padres discutir. Creían que porque eran pequeñas y porque el aparato estuviese más alto de lo normal, no los oían gritarse verdades que dolían. La comida no les entraba. Nadia, de cara sonrosada, coletas rubias y ojos azules, jugaba con la ensalada. Irina, pelo oscuro suelto y ojos verdes, miraba sus filetes de pollo como si fueran los objetos más aburridos del mundo.

—Cuando vuelvan y vean que no hemos cenado, se enfadarán —afirmó Irina, al tiempo que se llevaba sin ganas un pedazo de carne a la boca.

—No pienso comer nada hasta que dejen de discutir —replicó su hermana, un par de años mayor, más contestataria y caprichosa que la pequeña.

Irina comenzó a masticar y a tragar el pollo, otro nuevo trozo entraba en su boca. Mientras tanto Nadia la miraba desafiante, empecinada en su decisión.

La tajada desaparecía por momentos entre las mandíbulas de Irina cuando sus padres entraron en la cocina. Ambos tenían los rostros acalorados e hicieron y dijeron lo mismo que siempre que discutían:

—¿Cómo podéis tener la tele tan alta? ¿Estáis sordas o qué? —les espetó Natalia, su madre, tras bajar el sonido que ella misma había subido antes de ir al encuentro de su marido.

—Hola, preciosas —saludó este con sendos besos en las cabecitas limpias, perfumadas y cepilladas de sus hijas. Después se desabrochó el cuello de la camisa y se aflojó la corbata—. Coméoslo todo. No dejéis nada. Necesitáis energías.

Natalia comenzó a sacar unos platos para la cena de los adultos y se fijó en que Nadia no comía.

—Cariño, tienes que terminar tu cena —le dijo con dulzura de madre.

—No tengo hambre, mamá. No quiero comer.

—Pero tienes que comer, porque tu cuerpo necesita alimentarse para poder hacer los deberes e ir al cole —intentó razonar Natalia con la niña.

—Bueno, pues no quiero nada de eso. No quiero comer y tampoco quiero ir al cole —insistió tozuda la niña, sacudiendo la cabeza en una negativa y dejando que sus coletas doradas volaran alrededor de su cabeza.

—Nadia, si no comemos, nos morimos —continuó su padre, conciliador, a un palmo de los ojos azules de Nadia y con una infinita sonrisa que desarmaría a cualquiera. Menos a su hija.

La niña volvió a negar con la cabeza, sin decir una sola palabra esta vez. Su hermana, en cambio, daba cuenta del segundo filete de pollo, que masticaba despacio como si no tuviese ninguna prisa. La cena no iba a marcharse a ninguna parte.

—¿Ves, Antoshka? De esto te hablaba. Hace siempre lo que le da la gana —explicó Natalia.

Después de dirigirle una dura mirada a su esposa, Anton intentó seguir con su estrategia apaciguadora y razonable.

—Nadia, no puedes irte a dormir sin haber comido nada.

—¿Por qué no puedo? —quiso saber la niña.

—Porque no puedes —contestó su padre, sin argumentos en esa ocasión.

A la vez que los adultos intentaban convencer a Nadia de lo bueno que resultaba para ella la comida, su hija pequeña se embutía porciones de filete en la boca, más de los que podía masticar, sin mirar a su hermana ni a sus padres. Era como si no estuviese en el mismo lugar que ellos, como si fuera un observador ajeno de la escena, como un espectador que aguardara el desenlace de la acción.

El rostro de Anton cambió, al agotarse su paciencia con la niña díscola.

—¡Si no te comes la cena, vas a estar castigada hasta que a tu madre y a mí nos parezca bien! —ahora elevó la voz por encima del tono sereno que había mostrado antes, hasta alcanzar un timbre parecido al de la discusión con su mujer unos minutos atrás.

—Me da igual. Castígame. No comeré —le desafió la niña.

—Pues si no te comes la cena y nos desobedeces, vendrá un hombre del saco, se te llevará y te comerá —probó Natasha con aquel cuento de viejas para asustarla y que cediese.

Nadia pareció un poco impresionada por las palabras de su madre. Los tres la miraban, aguardando a que tomara su tenedor y metiera unas hojas de lechuga en la boca. Ella acercó su mano al cubierto y durante un segundo les pareció que lo había agarrado, pero no fue así y la retiró del utensilio metálico como si se hubiera quemado.

—Me da igual que venga un hombre del saco y me coma —dijo casi gritando—, porque no existen. Son mentiras que nos contáis para que los niños os hagamos caso. No me dan ningún miedo esos hombres del saco. —Hinchó los carrillos y se cruzó de brazos delante de su plato, terca.

Sus padres se miraron, incrédulos, y la mandaron a la cama.

Irina, que seguía triturando sus últimos restos de pollo con la boca llena, siempre supo que iba a ocurrir algo.

Después de terminar sus deberes, a Irina se le permitía ver la televisión durante media hora antes de irse a dormir.

Cuando entró a oscuras en el cuarto que compartía con su hermana, la llamó entre susurros, pero no le respondió, debía estar ya muy dormida. Se metió en la cama con su peluche favorito, no sin antes dirigir una mirada hacia el bulto que ocultaba un edredón de una conocida serie de dibujos animados. Se agarró fuerte a su oso y cerró los ojos.

Un sonido extraño la despertó. Era como un crujido, o como si rasparan una superficie contra otra. Apretó al señor Rizos más fuerte que nunca contra su pijamita rosa, no quería ver qué estaba pasando. Sin embargo, en contra de su voluntad, abrió los ojos.

En la penumbra de la habitación, una figura oscura y alta que vislumbró contra la luz que procedía de la calle le daba la espalda y se movía de cierta manera, como si tiritara. Estaba comiendo. Había una persona de

pie junto a la cama de Nadia, y comía. No dejaba de hacerlo. Masticaba y masticaba algo duro y que crujía a cada bocado. Después, cuando pareció aburrirse de comer, sorbió y chupó. Un gorgoteo horrible se escuchó en la estancia y sonó en los oídos de Irina como si estuviera a su lado.

La niña no podía dejar de mirar. Estaba muerta de miedo y su garganta emitió un gemido por el pánico. Se tapó la boca con la mano de inmediato. Pero tenía que haberla oído. Seguro.

La silueta embozada y más negra que la oscuridad misma, se giró y la vio. Irina temblaba en la cama sin ser capaz de cerrar los ojos. Se inclinó junto a ella con movimientos pausados hasta que casi fue capaz de sentir los irregulares dientes cerca de su carita. Estaban afilados como cuchillas, rotos y podridos, más parecidos a los de los peces, manchados de sangre, al igual que su ennegrecido rostro. La figura se llevó una especie de garra en forma de dedo hacia la boca y le dijo:

—Shhhh.

Al día siguiente descubrieron el cadáver de Nadia Gryzina de ocho años en su cama. Había sido trepanada, descuartizada, mordida y masticada hasta la muerte. Además, le habían extraído las vísceras y la sangre.

La investigación de la policía culpó a un hombre del saco, pero no se inició un procedimiento judicial al comprobar lo dicho por la niña la noche anterior durante la cena. Los policías de la división de inhumanos corroboraron que los hombres del saco de la zona tenían las licencias en regla y, por lo tanto, podían actuar si se les invocaba, como así había hecho la pequeña. Ninguno de ellos fue detenido. La familia, de origen ruso, se amparó en el desconocimiento de las leyendas locales.

La muerte de Nadia provocó una campaña del Gobierno en la que se recordaron varios de los usos y costumbres de los inhumanos que debían respetarse para una convivencia pacífica entre todos.

La hermana menor dijo no haber visto ni oído nada aquella noche.



1. Una resaca de cojones

SOSTENÍA UN ARMA DE FUEGO. NO sabía si le pertenecía o no, pero estaba disparándola. Apuntaba la pistola por delante de su cuerpo y manteniendo el gatillo apretado. El cargador no se agotaba por mucho que disparara. Recibía tiros en su dirección y se parapetaba detrás de un coche. No veía ni quién disparaba ni desde dónde, así que tiraba a ciegas, con la esperanza de que le sirviera como fuego de cobertura hasta que averiguase el lugar al que tenía que apuntar para dar en el blanco.

Las balas sonaron a lata cuando impactaron contra la chapa del automóvil. Apenas se tomaron un descanso para recargar. La siguiente tanda de disparos continuó acribillando su parapeto. Sin embargo, un largo quejido y después el sonido de un cuerpo golpeando el piso, interrumpieron el monótono ritmo. Un hombre muerto a su lado al que conocía.

No había sucedido de aquella manera, aunque era como Irina lo recordaba en sus sueños.

Irina

Un teléfono sonaba, retumbando en la mesilla de noche. Su pantalla encendida indicaba «comisaría» y una melodía machacona desplegaba su panoplia de bajos y percusión acelerados, que se repetían una y otra vez hasta la saciedad. El sonido que venía por defecto y que Irina no se había molestado en cambiar, por mucho que lo aborreciese. En aquellos momentos lo odiaba sobre todas las cosas de la Tierra, lo odiaba de la hostia.

La detective Gryzina apenas consiguió abrir los ojos y exclamar un «joder» afónico y aguardentoso, aunque no fue aquello lo que había bebido la última noche. Miró la hora. Aún debían de quedarle seis horas de sueño, o de sedación producida por los efectos del licor de hada. El hecho de ser despertada antes de lo previsto le iba a causar la peor resaca de su vida, una resaca de cojones.

Para cuando consiguió rodar desde la cama y coger el teléfono, este iniciaba una ronda nueva en su sintonía.

—Ya podéis tener una buena excusa para que me molestéis en mi puto día libre —gruñó tras descolgar.

—*Irina, ¿una noche dura?* —replicó una voz conocida al otro lado del hilo.

—La resaca sí que está siendo dura —expresó palpándose las sienes y la nuca, donde un taladro pugnaba por abrirse paso hacia su cerebro mientras le introducían millones de microscópicas agujas en los oídos, bajo la lengua y en los ojos. Eso no sería lo peor, el infierno en vida vendría después: convulsiones, sudoración excesiva, alucinaciones, taquicardia, mareos, náuseas, hipotermia...—. ¿Qué cojones quiere, capitán?

—*Te necesito en una escena del crimen, ya.*

—No me joda, jefe. Hoy no, de verdad. Estoy hecha una mierda.

—*En media hora en la esquina este de Florent Campus con la Ronda de Torquatus. Sin excusas* —cortó la comunicación sin despedirse.

Irina ya tenía dispuesto un nuevo «joder» en la boca para protestar, pero entonces sus quejas fueron diferentes. Un espasmo muscular que le subió por las pantorrillas, le agitó los muslos, los glúteos, el abdomen y el pecho, la tiró de la cama. Quedó boca abajo en el piso de su habitación. La arcada llegó después, sin avisar, casi sin tiempo para que abriera la boca. El vómito fue absorbido por la alfombra. Se recordó comprar una nueva, porque aquella iba a ir directa a la basura. Otra contracción del diafragma la postró de nuevo, aunque esta vez no expulsó nada. El olor resultaba insoportable y quería que le arrancaran el estómago y la cabeza de cuajo.

Vaya, así que aquello era la resaca del licor de hada. Interesante.

Ayer

Un bar con la música de los altavoces tan alta que para entenderse los parroquianos debían hablarse al oído. No se encontraba demasiado concurrido y parecía poblado de una suerte de clientes habituales y unos pocos esporádicos. Entre los fieles, una mujer de pelo corto oscuro que peinaba con fijador y raya a un lado y vestía pantalones cargo marrones, botas paramilitares y camiseta negra de tirantes anchos. No destacaba por su estatura, aunque tampoco resultaba baja, compleción media, espalda, hombros y brazos anchos y fuertes de la época en la que era una estrella de la natación en el instituto. Estaba amodorrada junto a la barra. La rodeaba una legión de vasos de chupito vacíos y, aunque sus dedos mantenían un estrecho cerco sobre el último, parecía incapaz de llevárselo a la boca y su contenido casi se había derramado por completo.

—¡Jota, Jota! —dijo elevando una mano por encima de la barra para llamar la atención al dueño.

El camarero se acercó y retiró los vasos que se amontonaban alrededor de Irina.

—Parece que esta noche ya vas bastante cargada —afirmó con un tono profesional.

—No, todavía no. No es suficiente. —Mantén los ojos cerrados y no despegó la cabeza de la barra. Sus labios rozaban el alcohol que había tirado sobre la madera desgastada.

—Yo creo que ya has bebido suficiente y estoy a punto de no servirte más —anunció con determinación.

El rostro de Irina emergió para enfrentarse con la mirada de Jota.

—Una más, por favor, por favor, por favor.

—Está bien, pero solo una, ¿de acuerdo? —accedió él, con un dedo extendido, aunque era consciente de que Irina no lo veía.

—Gracias. Vale, mañana es mi día libre. No tengo que trabajar. Ponme una de licor de hada —pidió Irina, mientras las sílabas caminaban con lentitud por su boca y sus labios, trabándose y pugnando por salir.

—¿Estás segura de que quieres un trago de eso? —preguntó el barman.

—Completamente. Soy una mujer adulta y sé lo que quiero. Ponme una de licor de hada —insistió.

—Eres adulta y sabes lo que quieres —repitió Jota con retintín, y se movió hacia el final de la barra. Ella siguió sus movimientos con los ojos entornados.

El dueño fue hasta un panel debajo de un grifo de cerveza, miró a su alrededor para comprobar que nadie más lo estaba observando y desplazó el plafón. En el interior había una caja fuerte. Pulsó en el teclado los números del código de apertura y tras un chasquido metálico se abrió. Dentro había documentación, dinero en efectivo y un bulto envuelto por una gamuza. Sin sacarlo de la caja de seguridad, desenvolvió el trapo y dejó al descubierto una botella de vidrio opaco, que había estado sellada con cera. Quitó el tapón de corcho, siempre en el interior de la caja y sirvió dos dedos de un licor oscuro y viscoso en un vaso. Depositó el vaso con mucho cuidado, luego tapó la botella, la protegió con la tela y por último cerró la caja fuerte.

Mientras se dirigía hacia donde lo aguardaba Irina, vio que había dejado debajo de la barra un buen fajo de billetes. Aquella mierda no es que resultara barata, costaba un ojo de la cara y el riñón izquierdo. O sea, más de la mitad del sueldo mensual de ella.

Cuando la mujer se iba a echar al colete el alcohol, el barman le llamó la atención:

—Eh, no tan rápido, rusita. Antes tienes que cumplir con el protocolo —la reprendió. Al segundo le tendía una servilleta de papel y un bolígrafo.

Irina escribió: «Yo, Irina Gryzina, mayor de edad, en plena potestad de mis facultades mentales, borracha, declino cualquier responsabilidad por parte del propietario de este establecimiento. La dirección de mi casa es...»

Tras firmarlo se lo pasó a Jota y acto seguido volcó el vaso en su garganta. Al principio resultaba suave y ligeramente dulce. No fue hasta que le alcanzó el estómago cuando el licor de hada comenzó a obrar sus efectos. Si Irina hubiera visto la botella, habría leído: «Procedente de destilado de la sangre de no menos de cuarenta hadas». Por supuesto era ilegal, tanto su venta como su posesión, por no decir conseguir una botella, por las que se pagaban verdaderas fortunas. Y no resultaba políticamente correcta una bebida que anunciaba la muerte de unos seres tan adorables para su fabricación. No en una sociedad en la que se proclamaba el respeto institucional por quienes no eran humanos.

La explosión comenzó a subir por su esófago. Necesitó abrir la boca para coger aire; tenía la cara congestionada y roja, los capilares de los ojos parecían a punto de estallar y en sus brazos las venas querían salir de su prisión de carne. Jadeó. La bestia parda de las bebidas espirituosas de los inhumanos comenzaba a extenderse por su organismo, al igual que un virus.

Puso los ojos en blanco, comenzó a temblar presa de múltiples calambres y cayó cuan larga era sobre la tarima de madera del Duende Verde.

Jota se encargaría de que la llevaran a casa.

Hoy

Las luces rotatorias azules y rojas de los coches patrulla iluminaban el lugar. Los policías uniformados cuidaban de que el público congregado no se acercara para enterarse de lo ocurrido.

Irina pasó sin dificultad la cinta de vinilo con un: NO PASAR, POLICÍA. No en vano la placa de detective que le colgaba del cuello abría muchas puertas. Intentó localizar a un azul que conociera de la comisaría veintiuno. En cuanto la vieron, asintieron y le indicaron que se acercara. Por el camino, otros uniformados iban y venían, ayudantes del forense tomaban fotos

de la escena del crimen. El destello del potente flash la deslumbró, recordándole el mareo continuo que arrastraba desde que la despertaron. La sensación de náusea aumentó, e incluso su diafragma hizo un pequeño viaje en dirección hacia su pecho. Pero ahí se quedó y no tuvo más arcadas.

Volvió a retomar su paso seguro, el golpeteo de las botas levantó ecos que se amplificaron por el estrecho callejón. El recoveco comunicaba dos calles mediante unas toscas escaleras de obra entre dos edificios. Había un ligero desnivel que se transformaba en una cuesta en su final. Allí yacía el cadáver.

—Detective Gryzina —dijo el forense levantando la vista de su trabajo. Cercano a los cincuenta, pelo encanecido, gafas de pasta negra y cara amable. Llevaba puestos unos guantes de látex y pisaba con cuidado alrededor de donde se encontraba agachado.

—Doctor Blanco —saludó a su vez Irina—. ¿Qué tenemos aquí?

—Ninfa marina, en los veinte. Por la lividez diría que lleva muerta unas seis horas. La muerte se produjo por ahogamiento, entre las tres y las cinco de la madrugada de ayer —anunció solemne y en un tono profesional.

—¿Qué haría una ninfa acuática tan lejos de su medio? —se preguntó en alto Irina sin ser consciente de que los demás la escuchaban.

—No lo sé. Pero a veces se nos olvida que la repoblación trajo muchos emigrantes inhumanos al interior. Probablemente llegó siguiendo los ríos y viviría en un humedal cercano.

—Sí, también se dice que enloquecen en las polis, así que no entiendo qué hace en Semura —repuso mientras caminaba despacio alrededor del ser de tez morena y largo cabello azabache.

Sus formas eran esbeltas, extremidades delgadas y bien formadas, pechos de pequeño tamaño, pero enhiestos, además de facciones simétricas y bellas. Observó la característica membrana interdigital en manos y pies.

—¿Algo más? —agregó la detective.

—Por el momento no. En cuanto la examine a fondo, podremos saber más.

—Llámeme en cuanto tenga resultados, doc —pidió la policía.

—Por supuesto, cuenta con ello.

Se despidió del forense y de los oficiales uniformados de la escena del crimen. Caminó con su habitual decisión en dirección al lugar donde había aparcado su coche, junto al antiguo estadio, derruido hacía tiempo. En cuanto dobló dos calles, desaparecieron los patrulleros y los rotativos bicolores de sus vehículos. Una fuerte arcada se apoderó de ella y se inclinó contra una esquina. El sonido fue brutal, como si una hueste de gases atrapados en su cuerpo desde tiempos inmemoriales lograra escapar de aquella prisión a la vez. En realidad, solo expulsó una bilis amarillenta y amarga, cuyo sabor en la boca le provocó de nuevo el vómito, más violento que el anterior, que la obligó a arrodillarse sobre el gris de los adoquines rayados.

Sudaba, demasiado incluso. Estaba deshidratada y necesitaba recuperar líquidos y nutrientes.

Se tranquilizó pensando que aún no había comenzado lo peor: la taquicardia, los escalofríos, la fiebre y la diarrea. Limpió los restos de porquería de la comisura de los labios con la manga de su chaqueta. Debía de tener un aspecto asqueroso. Iba a recordar aquel día y al cabrón del capitán por haberla despertado el resto de su vida.



2. Trabajo policial

LOS DIENTES RECHINARON. ERAN VIEJOS, ESTABAN podridos y amarillentos, aunque aún solía utilizarlos para comer. Sentía nostalgia de los tiempos en los que los suyos eran respetados. Mucho antes de la guerra y la repoblación que obligó a descubrir a quienes permanecían ocultos. Igual que él, los de su raza solo reconocían las leyes antiguas, no lo que dijeran los humanos. Pero los conocimientos de antaño se habían perdido y apenas sobrevivían unos pocos, con los que ni siquiera mantenía contacto. Añoraba las comunidades de su infancia y juventud, tan felices que nunca volvió a sentirse tan vivo y alegre como entonces. Los abuelos narraban historias a quienes querían escucharlos, no existían las prisas. Los padres enseñaban a los más jóvenes la mejor manera de matar y comer un humano. No resultaba un arte sencillo, requería bastante práctica.

Irina

Cuando apareció por la comisaría, la imagen de la detective no resultaba demasiado agradable. Llevaba puesta una gorra de estilo militar calada hasta las orejas, las gafas de sol ocultaban los ojos hinchados, enrojecidos y las profundas ojeras. Su aspecto quedaba un tanto oculto por la visera y los cristales ahumados, pero cualquiera que se fijara en ella vería su cara demacrada. El rostro continuaba pálido, le temblaban las manos y las piernas. Temía sufrir otro espasmo allí en medio, o que volvieran las náuseas de nuevo.

Sabía que necesitaba hidratarse con urgencia. Había una máquina con agua y refrescos a la vuelta de la siguiente esquina. Miró de soslayo a